

siguientes: "La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos...". Más recientemente, el último Informe de la UNESCO recuerda enfática y reiteradamente que los grandes objetivos de la educación son "aprender a conocer", "aprender a aprender", "aprender a vivir juntos" y "aprender a ser"—y éstos implican totalmente a las personas del docente y del discente.

La carga de la prueba sobre lo que es una enseñanza eficaz se pone en que los alumnos aprendan no en que los profesores enseñen, insistiendo en que para que los alumnos aprendan hace falta que quieran aprender, que tengan oportunidades para hacerlo y que las utilicen. Pero además el aprender tiene un sentido más amplio que lo meramente cognitivo, un sentido que nos refiere al dominio afectivo y ajuste personal, al campo de los principios, valores o virtudes (nociones éstas que hablan a gritos de ética). Lo que pasa es que para hacer posible tales condiciones —que no buscan sino poner en centralidad y protagonismo a la persona del educando— es para lo que se requieren buenos profesores y educadores.

Desembocamos en que si el criterio real de la educación radica en "lo que nuestros estudiantes llegan a ser", el medio crucial, aunque no exclusivo, para poder lograrlo, consiste en lo que los profesores sean y hagan, es decir, la responsabilidad tanto moral como intelectual recae últimamente no en los métodos, o en cualquier actividad reglada o extraescolar, sino en los profesores. ¿Quién puede no sentirse abrumado por la grave responsabilidad de educar en este nuestro mundo de la globalización?



### Captar la complejidad de lo real, sin desmoralizarnos

En primer lugar, está la novedad del fenómeno, así como su carácter multifacético y ambivalente. Es preciso conocer y valorar con un análisis atento y puntual, pues se presenta con una marcada nota de "ambivalencia". Puede ser un bien para el hombre y para la sociedad, pero podría constituir también un daño de notables consecuencias. Por eso, no hemos de pasar por algo cuyas implicaciones éticas pueden ser positivas y negativas. El proceso incrementa la producción y puede fortalecer la mayor unidad entre los pueblos. Sin embargo, la globalización trae consecuencias negativas cuando se rige según las conveniencias de los poderosos y atribuye un valor absoluto a la economía.

De la ambivalencia proviene una segunda característica: la apertura de un proceso con grandes riesgos y esperanzadoras posibilidades. Creo que ante la globalización, como fenómeno "complejo y cambiante", la humanidad necesita de una ética común, que dé prioridad a los valores humanos y corrija las consecuencias negativas del rápido cambio social y cultural. Juan Pablo II ha formulado las esperanzas abiertas precisamente en la posibilidad de hacer de la humanidad "una sola familia, fundada en los valores

de la justicia, la igualdad y la solidaridad", o en la potencialidad que ofrece el nuevo sistema de estar "al servicio de la persona humana, la solidaridad y el bien común".

En fin, estamos ante un proceso que suscita muchas y muy inquietantes preguntas: "¿Cuáles serán las consecuencias de los cambios que actualmente se están produciendo? ¿Se podrán beneficiar *todos* de un mercado global? ¿Tendrán *todos* finalmente la posibilidad de gozar de la paz? ¿Serán más equitativas las relaciones entre los Estados o, por el contrario, la competencia económica y la rivalidad entre los pueblos y naciones llevarán a la humanidad hacia una situación de inestabilidad aún mayor?"

Quien se cierre a ver los interrogantes y prefiera la seguridad artificial que dan las recetas se quita a sí mismo la capacidad para apreciar los desafíos y, por consiguiente, para educar a otros en la práctica de esas destrezas. Frente a visiones catastrofistas u oportunistas, los educadores necesitamos generar una visión ética con fundamento en los datos (la buena ética sólo se puede hacer con buenos datos) que reconozca tanto los aspectos positivos como los negativos de nuestro tiempo, y ponga el énfasis en la corresponsabilidad de todos desde la convicción de que el mundo en esta nueva época será lo que hagamos de él.

## La cultura de la "virtualidad real"

Centrarse en la dimensión cultural de la globalización (escalas de valores, medios de transmisión de la comunicación, modas y pautas de conducta...) no significa, por supuesto, que olvidemos la dimensión económica y política de la misma. Hay un aspecto de la cultura actual que me parece de especial relevancia para el campo de la educación y sus repercusiones éticas: Es el de la concepción de la tecnología que está vigente de modo general en nuestra economía globalizada actual y, por supuesto, en la cultura consumista vinculada con esta economía.

Ni que decir tiene que uno de los factores que propician el proceso de globalización de las relaciones económicas, sociales y culturales, es la revolución tecnológica, especialmente el espectacular avance de las *nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC)*. El desarrollo de las TIC está cambiando nuestra comprensión del espacio y del tiempo.

A lo largo de la historia, las culturas han sido generadas por gentes que compartían espacio y tiempo, en las condiciones determinadas por las relaciones de producción, poder y experiencia, y modificadas por sus proyectos, luchando entre sí para imponer a la sociedad sus valores y objetivos. Así, las configuraciones espacio-temporales fueron decisivas para el significado de cada cultura y para su evolución diferencial. En el paradigma informacional, ha surgido una nueva cultura de la sustitución de los lugares por el espacio de los flujos y la aniquilación del tiempo por el tiempo atemporal: *la cultura de la virtualidad real*<sup>1</sup>.

Los cambios en las relaciones de producción, poder y experiencia convergen hacia la *transformación de los cimientos materiales de la vida social, el espacio y el tiempo*.



Pygmalión (1999)

El tiempo atemporal como la tendencia social de la superación del tiempo por la tecnología desbancó la lógica del tiempo de reloj de la era industrial. La tecnología comprime el tiempo en unos instantes aleatorios, con lo cual la sociedad pierde el sentido de secuencia y la historia se disuelve en la cultura de lo efímero, la sociedad red desencaja las relaciones sociales, induciendo la cultura de la "virtualidad real".

"Virtualidad real" significa que la propia realidad (es decir, la existencia material simbólica de la gente) está plenamente inmersa en un escenario de imágenes virtuales, en un mundo de representación, en el que los símbolos no son sólo metáforas, sino que constituyen la experiencia real. Es *virtual* porque los materiales recibidos llegan por vía informática, vía juegos de ordenador, vía televisión o cine. Es *real* porque configura la cultura (ideas, valores, conductas) de aquellos que acceden a ella. Interesa tener presente que la virtualidad no es la consecuencia de los medios electrónicos, aunque éstos son los instrumentos indispensables para la expresión de la nueva cultura. La base material que explica por qué la virtualidad real es capaz de apo-

derarse de la imaginación y los sistemas de representación de la gente es su existencia en el espacio de los flujos y el tiempo atemporal. El capital circula, el poder gobierna y la comunicación electrónica gira a través de los flujos de intercambios entre localidades seleccionadas y distantes, mientras que la experiencia fragmentada permanece confinada a los lugares concretos.

Por una parte, las funciones y los valores dominantes de la sociedad están organizados en simultaneidad sin contigüidad, es decir, en flujos de información que escapan de la experiencia incorporada en algún lugar. Por otra parte, los valores e intereses dominantes están contruidos sin referencia al pasado o al futuro, en el espacio atemporal de las redes informáticas y los medios de comunicación electrónicos, donde todas las expresiones son instantáneas o carecen de una secuencia predecible. Todas las expresiones de todos los espacios y todos los tiempos se mezclan en el mismo hipertexto, reordenado de forma constante y comunicado en todo momento y lugar, dependiendo de los intereses de los emisores y del humor de los receptores.

Esta virtualidad es nuestra realidad porque es dentro de la estruc-



tura de esos sistemas simbólicos, atemporales y sin lugar, donde construimos las categorías y evocamos las imágenes que determinan la conducta, inducen la política, nutren los sueños y alimentan las pesadillas. Esta es la nueva estructura social de la era de la información, a la cual denomina la *sociedad red*, porque está compuesta por redes de producción, poder y experiencias, que construyen una cultura de la virtualidad en los flujos globales que trascienden la lógica del tiempo y del espacio.

Creo que para pensar éticamente sobre esta nueva cultura lo primero que tenemos que desmontar críticamente es la premisa que comúnmente actúa en el trasfondo de que la tecnología en sí misma es neutral, que el valor (o contravalor) de cualquier objeto tecnológico dado proviene solamente de su uso. Necesitamos traspasar la superficie de lo que hacemos y vemos gracias y a través de las TIC, porque las nuevas tecnologías no son, ni mucho menos, instrumentos puramente neutrales respecto a la vida humana. Al contrario, implican una ordenación definida del espacio y el tiempo; representan la interconectividad extendida por todo el mundo. Internet, por ejemplo,

representa una explosión de información que se difunde literalmente sin límites y está disponible casi instantáneamente. El modo de pensar asociado a Internet favorece la velocidad, la extensión, la acumulación continua de aportes de información, pero consiste en gran medida en la continua no digestión ni asimilación de los materiales recogidos o recibidos. Además la naturaleza inacabable y virtualmente instantánea de este proceso denota una dispersión de la conciencia y un concepto de experiencia como adquisición frenética, que a lo mejor no sabemos explicar pero, a poco que pensemos sobre él, nos damos cuenta de que sí pasa algo de lo dicho.

Se dice que, a pesar de la enorme diversidad de información que transporta la red informática, el propio medio de transporte genera una uniformidad de conciencia, de marcos conceptuales y de categorías de conocimiento —incluso de concepción del mundo—, que nos permite por lo menos hablar de tendencia hacia la *monocultura*.

Ante todo este panorama los educadores no podemos dejar de indagar qué tipo de cultura crea Internet en nuestros alumnos: ¿Favorece acaso una idea eficaz-

ta, inmediatista, consumista de las relaciones, toda vez que fomenta una cultura que da la primacía a los hábitos del tener, a las tendencias de la acumulación, el poder y el control? ¿La expansión y comprensión simultáneas del espacio y el tiempo (de la conciencia y la experiencia) favorece la existencia de una realidad virtual, también de algo que podríamos llamar comunidad virtual, donde se dan relaciones pero al margen de los cauces reales de la relación? ¿Cómo nos les afecta todo esto? ¿Qué respuesta pedagógica estamos dando a estos cambios tan colosales?

### Prácticas educativas concretas para formar el carácter

La cultura de la virtualidad real sustentada en las nuevas tecnologías una vez más nos coloca frente al hecho de que la globalización es ambivalente. Facilita la información sobre la variedad de culturas y formas de vivir, amplía horizontes y permite asumir la propia cultura de modo más humano. Internet posibilita la comunicación con muchas personas de muchos lugares del planeta, con lo cual permite que nos sintamos parte de un solo mundo y con un destino común. Todo esto va en beneficio de una socialización mundial. Pero, el uso abusivo de los medios virtuales puede debilitar los procesos de socialización, porque tener la información sin las capacidades y condiciones para elaborarla se torna un perjuicio cierto de la formación personal.

Los criterios para formar a sujetos capaces de afrontar la ambivalente situación de la globalización y sus profundas contradicciones está en la conversión cultural de la sociedad mundial y en la conversión personal del corazón. Y, desde luego, esto sobrepasa por todos los costados a una acción educativa que se centre de manera

particular en las dimensiones cognitivas, por mucho que estas estén muy preocupadas por la justicia y la solidaridad. Al pensar en la educación del sujeto integral, creo que debemos mirar de frente el gran reto de humanizar el espacio y el tiempo así como las instituciones y las tecnologías de la información y la comunicación, porque interesa sobremedida conocer y domesticar los mecanismos de la sociedad que "nos impiden mirar la realidad cara a cara", que nos ponen muy difícil ser libres para elegir en justicia y solidaridad<sup>1</sup>. Se trata de recuperar algunas cosas elementales y obvias, pero que hoy ya nadie puede dar por conseguidas, y de generar nuevas estrategias pedagógicas que van a requerir más creatividad y esfuerzo.

- Necesitamos pararnos y pensar sobre el flujo imparable de la cultura de la virtualidad real.
- Necesitamos controlar y no ser controlados por los instrumentos, para lo cual es imprescindible cultivar prácticamente la libertad de valorar y elegir activamente lo que queremos hacer ya sea en Internet o en la televisión o en cualquier otro medio.
- Necesitamos comunicarnos con personas de carne y hueso, con los que entremos en contacto personal y relación directa. Hay una reforzada necesidad de participar en grupos en los que el contacto humano nos ayuda a comprender e interiorizar las relaciones reales de amistad, de solidaridad o de autoridad.
- Me parece importantísimo el fomento de comunidades concretas y plurales de vida donde las personas puedan expresarse de un modo espontáneo y sin mediaciones, de un modo experiencial y no virtual.
- Estamos en un momento en el que se hace muy necesario disponer de modelos y ejemplos cercanos a la propia experiencia vital, que apor-

ten formas de vida atractivas; más que discursos sobre valores, personas que los vivan, y así puedan orientar a otros en prácticas cooperativas concretas (bien discernidas y planificadas) como fuentes de carácter e identidad.

En este sentido, es vital apoyar a la familia como marco privilegiado donde acontece la experiencia real de la llamada de las personas al don de sí en el amor y al don de la vida. La familia como comunidad en la que se aprende a humanizar los aspectos mecánicos de las instituciones sociales, económicas y políticas. La familia tiene un lugar primordial, junto a los centros de enseñanza (primaria, secundaria, formación profesional y universitaria) en la formación de actitudes y mentalidad en favor de la justicia y la solidaridad, también en el escenario de la globalización. La familia no podrá dejar de ser lugar de experiencia original donde nos hacemos personas, donde adquirimos el sentido del bien y la justicia y comenzamos a practicar la solidaridad.

### La importancia de la sensibilidad

Estamos de acuerdo en que la educación, con matices y acentos diversos, ha de contribuir al desarrollo total o integral de cada persona, es decir, del cuerpo, de la inteligencia, la sensibilidad, el sentido estético, la responsabilidad moral y la vida espiritual. Todo es importante pero hay cosas en las que nos jugamos algo auténticamente vital, teniendo en cuenta las necesidades presentes. A mí me parece que hoy hay que poner una atención especialísima en la sensibilidad —lo que nos pone en contacto directo con la realidad— a la hora de enfocar la educación en todos sus elementos: "La praxis nos la jugamos no en lo que pensamos ni en lo que deseamos, porque somos incongruentes con lo que pensamos, somos velocidosos y cambiantes en nuestros

afectos, pero somos tremendamente constantes en nuestra sensibilidad. A dónde hay que acceder a través de la repetición, es al mundo de la sensibilidad para que se vaya estructurando de una manera distinta, para percibir la realidad como oportunidad"<sup>2</sup>.

Darle tanta importancia a la sensibilidad no significa, desde luego, quitársela a la inteligencia o la efectividad, sino buscar vías para que el crecimiento de todas las dimensiones sea posible. Estoy convencido de que la única manera de cambiar de conducta es actuando sobre la sensibilidad, para afectar a las ideas y los deseos, y cambiar la interioridad de las personas. Este es el único camino que hace posible el cambio del corazón: conocer sensible, directa (no a través de los medios que nos presentan la imagen de una persona muerta y a continuación los goles de la liga) y experiencialmente situaciones concretas de vida y a personas con sus nombres, rostros e historias, y dejamos afectar por la realidad viva. Cuando la experiencia concreta hace latir el corazón, la mente se siente desafiada a cambiar y crecer. ■

<sup>1</sup> Se puede ver: M. CASTELLS, *La era de la información. La sociedad red*, Vol. I (Madrid 2000) cap. 5<sup>o</sup>.

<sup>2</sup> J. M. R. OLAZOLA, *Elegir hoy, desde la sociología*, Mimesis 73 (2001) 127-143. Este artículo analiza los siguientes mecanismos: habituación; fragmentación (estética del videoclip); estetización del sufrimiento; los medios de comunicación y la opinión pública; barreras arquitectónicas/ocultamiento; las estadísticas (cifras o rostros?); la conversión de los problemas en asuntos de especialistas; el mundo macro, la sociedad de consumo absorbente, la debilidad de la sociedad civil; difuminación de la responsabilidad; humorización, el lenguaje políticamente correcto y la tentación del victimismo.

<sup>3</sup> A. CHÉRCOLES, *La afectividad y los deseos* (Barcelona 1995) 12-13.